

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL YACIMIENTO ROMANO-MEDIEVAL DE CAMESA-REBOLLEDO (VALDEOLEA, CANTABRIA).

Nuevos datos en torno a la romanización del sector meridional de Cantabria y su más antigua ocupación meridional.

MIGUEL ANGEL GARCÍA GUINEA
EDUARDO VAN DEN EYNDE CERUTI

Del Instituto de Prehistoria y Arqueología Sautuola (I.C.C.) C.S.I.C.

RESUMEN:

El yacimiento de Camesa-Rebolledo (Valdeolea, Cantabria) presenta una particular casuística con un poblamiento continuo desde el siglo I d. de J. C. —cuando se procede a la creación de una villa romana— hasta el IV-V. En torno a estas fechas, la edificación se arruina y la población pudo pasar al margen del río Camesa. Sin embargo, durante los siglos VI-VII, la villa es aprovechada como necrópolis (sepultura de fosa) que prologa un humilde templo prerrománico asociado a enterramientos de tumbas de lajas y sarcófagos. Quizás en relación con un cenobio particular durante una fase repobladora previa al siglo XII.

RÉSUMÉ:

Dans les fouilles de Camesa-Rebolledo (Valdeolea, Cantabria) on vérifie la présence d'un habitat successif dès le siècle I a. C. —quand s'éleve une ville romaine— jusqu'aux IV^e-V^e siècles. Autour de ces dates, la construction s'écroule et le peuplement pouvait passer au bord du fleuve Camesa. Malgré tout, pendant les VI^e-VII^e siècles, la ville fut utilisée comme nécropole (avec tombes de fosse) qui préface un humble temple pré-roman associé à d'autres tombes de dalles et quelques sarcophages. Peut-être, en relation avec un monastère particulier à l'époque du repeuplement avant le XII^e siècle, encore confus étape pour l'histoire de la Castille pré-comtal.

ABSTRACT:

The site of Camesa-Rebolledo (Valdeolea, Cantabria), offers a singular casuistry based on its continuous inhabitation from the first century A. D. (when a Roman «villae» was born) to the 4th-5th centuries. By this site date, constructions falla into ruins and the population can move to the edge of Camesa river. However, during the 6th-7th centuries,

the «villae» was exploit as a necropolis (gravetombs), prologue to a humble pre-Romanic church associated with sandstone tombs and sarcophagus buries. Perhaps, in a relation to a particular monastery during a still confused repopulation stage before the 12th century.

El lugar y su importancia como puerta de la romanización de Cantabria.

El yacimiento romano-medieval de Camesa-Rebolledo, cuyas excavaciones se vienen llevando ininterrumpidamente desde 1981,¹ se sitúa en la franja Este del Valle de Valdeolea, en un punto estratégico en donde muy posiblemente la calzada romana que venía desde Pisoraca (Herrera de Pisuerga) a Portus Blendius (Suances) se bifurcaba. Desde aquí, desde Camesa, entraba un ramal (al Oeste) por el collado de Somahoz y, pasando por Campoo de Suso, y alcanzando el puerto de Palombera venía a terminar —por Cabuérniga y siguiendo el Saja— en la costa.² El ramal Este seguiría por Pozazal y tocando en Julióbriga (Retortillo) bajaría toda la cuenca del Besaya para unirse al ramal Oeste en las proximidades de la actual Torrelavega.³ De una y otra calzada hay testimonios objetivos en forma de restos arqueológicos: pavimento empedrado en Somahoz y camino enlosado no lejos de Bárcena de Pie de Concha. El ramal Oeste adquiere notoriedad más tarde en el Fuero de Brañosera (año 824) en donde se le conoce por «camino de asturianos y cornecanos» (cabuérnigos),⁴ es decir por donde transitaban los de Asturias de Santillana y los de Cabuérniga. No se han conservado restos de hitaciones de este recorrido Oeste, habiéndose descubierto del ramal Este dos miliarios que estuvieron en Celada de Marlantes y en el pueblo de Pedredo de Iguña. En las excavaciones de Camesa⁵ también aparecieron varios fragmentos de otro que es difícil asegurar si pertenecía al

¹ GARCIA GUINEA, M. A. et alli: «El yacimiento arqueológico de Rebolledo-Camesa (Valdeolea, Cantabria). Campañas de 1981-1982». *Sautuola*, IV. Santander, 1985, págs. 197-310.

² GARCIA GUINEA, M. A.: «La iglesia románica de Santa María de Villacantid (Santander)». *Bol. Sem. Arte y Arqueología*, t. XV. Universidad de Valladolid, 1948-49, págs. 211 y siguientes.

³ VEGA DE LA TORRE, R.: «El miliario de Pedredo de Iguña (Santander)». *Sautuola*, II. Santander, 1976-77, págs. 285 y siguientes.

⁴ GARCIA GUINEA, M. A.: *El románico en Santander*. T. I Ediciones Estudio. Santander, 1979, págs. 68-69.

⁵ ROBLES GOMEZ, J. M.: «Epigrafía romana en Rebolledo-Camesa. Miliario del emperador Decio. En GARCIA GUINEA M. A.: «El yacimiento arqueológico...» *Sautuola*, IV, Op: cit. Santander, 1985, págs. 231-234.

ramal Oeste o al Este, ya que creemos que la importancia del lugar de Camesa radica en ser encrucijada de ambos derroteros.

Camesa-Rebolledo sería, casi con seguridad, un punto importante en la población romana de Valdeolea, siendo hasta ahora el lugar que más testimonios ha ofrecido en este valle de la existencia de una romanización bastante intensiva. En las proximidades de este yacimiento se descubrieron, desde muy



LÁMINA 1.—Vista general de la habitación de la villa romana denominada «la rotonda», en el *rudus* del pavimento romano se aprecia una sepultura medieval de fosa simple, correspondiente al sector más antiguo de la necrópolis.

antiguo, numerosos términos augustales, muy famosos en la historia antigua de Cantabria, que dividían posesiones territoriales de la ciudad de Julióbriga con otras de la Legio IV Macedónica.⁶ Cada vez aparece más afianzada la hipótesis de que todo el valle alto del río Camesa fue en el siglo I d. de J.C. los «prata» —de verano posiblemente— de esta legión romana casi con seguridad instalada en Herrera de Pisuerga.⁷ La romanización de Valdeolea

⁶ VEGA DE LA TORRE, R.: «La romanización de Cantabria, en *Historia de Cantabria. Prehistoria, edades antigua y media*, dirigida por García Guinea, M. A. Ediciones Estudio. Santander, 1985.

⁷ PEREZ GONZALEZ, C.: «Terra sigillata de Herrera de Pisuerga (Palencia)». Tesis doctoral inédita. Universidad de Valladolid, 1987.

se asegura además por el ara aparecida en la iglesia de San Miguel de Olea, hace muy pocos años,⁸ por el puente de Casasola, y sobre todo por las ruinas halladas en Camesa en dos puntos no muy separados: cerca del pueblo, en la margen izquierda de la carretera, y en el paraje conocido por «el Conventón», más hacia Mataporquera. En el primero, de más reciente excavación, sólo una campaña en 1986,⁹ con la aparición de construcciones de habitaciones seguidas, como «tabernae», que debían dar a un patio grande, a modo de foro. Y el segundo, con excavaciones iniciadas en 1981 y continuadas sin interrupción hasta 1987, con el hallazgo de una «villa» romana, al parecer aislada, que ha ofrecido construcciones organizadas fechables en los siglos I a III d. de J.C., cronología que coincide también con los materiales, numismáticos sobre todo, hallados en el yacimiento de la carretera.

Con todas estas estructuras, y con los espacios con posibles ruinas aún no excavados, la importancia romana de Valdeolea se afianza, constituyéndose el valle, al menos por ahora, como uno de los más patentemente romanizados de Cantabria. La ingerencia reconocida, aunque no sabemos en que medida ni por cuanto tiempo de la Legio IV en estos campos, explica sin duda la predilección romana por unos «prata» naturales que sirvieron a la alimentación posiblemente temporal de la caballería legionaria, y en un punto donde confluían dos vías dirigidas a la costa: la de Cabuérniga, por Palombera, y la del Besaya por Julióbriga.

La «villa» romana.

Se comienza a excavar en día 24 de agosto de 1981, en unos muros que habían puesto al descubierto las exploraciones del vecino de Camesa don Angel Gómez Rodríguez. Pronto van apareciendo líneas de muros perfectamente construídos, en mampostería concertada a base de lajas bastante estrechas, que configuraban una habitación totalmente circular que conserva paramentos de hasta 2 metros de altura. Dicha habitación, de unos 5 metros de diámetro, se ve que se ha construído hundiendo los muros en la arcilla virgen y dura del cerro, con lo que parece intuirse que, desde su alzado, se pretendió hacerla casi totalmente subterránea, tal vez para liberarla de humedades, dado que la citada arcilla es una capa impermeable. La forma excepcional de esta cámara

⁸ VEGA DE LA TORRE, R.: «La romanización de Cantabria». Op. cit.

⁹ La memoria de la excavación del poblado de Camesa, realizada en 1986, está aún inédita. Igualmente las de la «villa», desde 1983 al 1987, esperan su publicación.

circular —que pronto se le dió el nombre de «rotonda»— hizo pensar se tratase de una bodega o granero. Pero esta finalidad no es segura. Los muros, de unos 80 a 90 centímetros de anchura, tienen dos remetidos simétricos, al NO y SO, de algo más de 2 metros de largo y unos 20 cms. de profundidad, cuya finalidad desconocemos. Tampoco sabemos cómo sería la cubierta de esta cámara, desde luego no hay indicios de bóveda, ni la utilidad de una estrecha

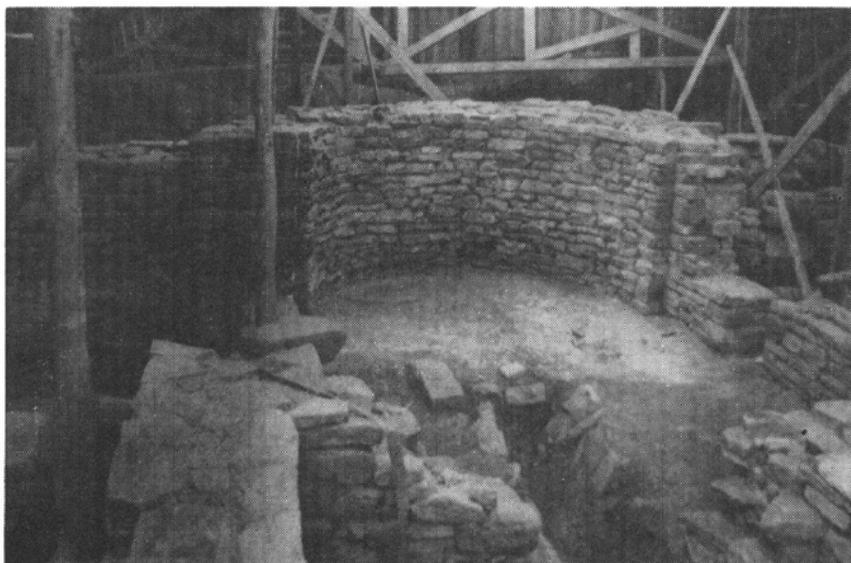


LÁMINA 2.—Habitación absidal. Se aprecia una tumba de fosa con murete de piedras abierta en el pavimento romano. De los restos óseos aparecidos, se efectuó la datación por Radiocarbono de fecha 585 d. C. + — 30 años. (Groningen).

entrada en su lado NE, que comunica con el resto de la casa. En un muro de este estrecho pasillo se construyó una especie de nicho muy profundo que, a diferencia de los otros dos remetidos que estaban a la altura del suelo, éste se colocaba a unos 50 cms. de alto sobre la base de aquel, como repisa probablemente para la colocación o apoyo de algún material: sacos, objetos, ropa, etc. El suelo de la «rotonda», que se conserva casi en su totalidad, está formado de mortero de cal y pequeños trozos de piedra caliza, formando una capa bastante compacta que apoya sobre la arcilla. Las paredes interiores de la rotonda tuvieron enlucido de cal o yeso, pues aún se conserva en algunas zonas. Otra suposición es que fuese utilizada como nevero, al modo del que, al parecer, existía también en la casa de la Llanuca de Julióbriga. Es difícil

quedar conforme en absoluto con estas hipótesis, y se han barajado otras, como la de que pudiera tratarse de una sala —quizás *apoditerium*— de un conjunto termal, pues casi todas las habitaciones circulares que aparecen en los edificios romanos apuntan más a una utilidad de este tipo. Pero, ¿es posible pensar en algo semejante a la altitud de 900 metros en que se encuentra la ruina?

La «Rotonda» es la habitación más original y mejor conservada de la «villa» de Camesa, pero forma conjunto con otras que se van a ella uniendo hacia el Este y hacia el Sur, creando una planta rectangular que se cierra al Norte por un largo y continuado muro que sale de la «rotonda» en dirección Este y que sólo tiene una puerta con escaleras de piedra que ponían en comunicación la casa con un corral más alto o con el campo libre. Este muro cerraba un pasillo con estuco pintado con colores pompeyanos de algún rosetón y pájaros.¹⁰ El muro Sur deja en resalte una habitación en el ángulo SO, a modo de torre, remetiéndose la fachada que debió de tener un vestíbulo con dos columnas o pilastras. Hay también al Oeste una cámara absidal, pequeña, con pavimento de *rudus* similar al de la rotonda, y frente a ella una piscina con su suelo de *cimenticium* y desagüe por atarjea que atraviesa la habitación angular citada del SO. En las habitaciones interiores, que son dos bloques separados por una especie de pasillo o peristilo es difícil determinar en algún caso la distribución de muros dada la destrucción de algunos trozos debido a que este área es ya más elevada y no parece que se hizo caja en la arcilla para sus cimientos tal como se hizo en el área Oeste. De todas formas, dada la incidencia que ejercieron los medievales sobre las ruinas de esta «villa» parece milagrosa la conservación de sus muros, debido esto en gran parte a que al estar los del área Oeste excavados en la arcilla, la ruina posterior les protegió de ser utilizados como cantera.

Lo más probable, según la excavación parece testimoniar, es que la ruina de la «villa» de Camesa se iniciase a finales del siglo III, desde luego por abandono, pues no se ha visto ninguna capa notable de ceniza en extensión. Destrozados los muros hasta sus cimientos, debió durante los siglos IV y V permanecer en total abandono, pues se ha hallado una gruesa capa de arcillas que cubría los muros destruidos. En el siglo VI unos grupos tardorromanos ya muy complejos debieron reocupar las ruinas, en parte, sobre todo, las que por ser subterráneas (rotonda, ábside, etc.) conservaban más estructuras visibles y

¹⁰ Las primeras pinturas empezaron a aparecer en Camesa en la campaña de 1984 y, aún inéditas, han sido estudiadas por BALBIN CAMARGA, M. A., desde 1983 a 1986, esperan su publicación.

tal vez las pudieron aprovechar para acomodar alguna vivienda, y desde luego para enterramientos. Así, cuando posiblemente aún podían haber recompuesto estos muros y colocar alguna techumbre, entierran en la «rotonda» y habitaciones adjuntas en sepulturas de cajas de piedras, para lo que, en algunos casos —como en la «rotonda»— rompen el «rudus» del pavimento.

La intervención medieval que, como veremos en párrafos sucesivos, vuelve a repetirse en el siglo VIII y sucesivos, concentrada en espacio tan reducido y con acciones tan repetidamente insistentes sobre el mismo terreno, como son las inhumaciones, ha provocado tan agresiva remoción que los materiales de algún valor que pudieron haber existido no han conseguido llegar hasta nosotros. Esto explica que —lo que no es normal en los yacimientos romanos— no haya aparecido ni una moneda ni piezas de bronce que sin duda serían halladas y recogidas por quienes abrían las tumbas.

Los materiales hallados en la «villa» romana y los datos que aportan.

Por ello, salvo las estructuras arquitectónicas conservadas, verdaderamente espectaculares, escasea otro material. En la atarjea de desagüe de la piscina es donde apareció la mayor cantidad de «terra sigillata», y en la habitación de esta atarjea, gran cantidad de ceniza blanca, como de paja o brezo, que pudiera hacer suponer, junto con algún ladrillo en tronco de pirámide, la existencia en ella de algún hipocaustum. Fue también en esta cámara donde aparecieron los fragmentos de un miliario que, posiblemente fragmentado por los medievales del siglo VI, atestiguaba el paso próximo de la calzada. El miliario es de Quinto Trajano Decio,⁵ por tanto de la mitad justa del siglo III, lo que prueba que dicha calzada todavía estaba en toda su vigencia en este siglo.

En cuanto a los datos que pueda ofrecer el estudio de la «terra sigillata», tanto la lisa como la decorada, el más sugerente y científico es el de la datación que pueda ofrecer sobre la cronología de la «villa» y el periodo de vida en ella.¹¹ Como no hay huella de cerámicas de corte itálico, la sigillata más antigua nos sitúa el origen de la villa en la mitad del siglo I d. de J. C. El análisis de la sigillata hispánica coloca el mayor esplendor del yacimiento en el siglo II y mediados del III d. de J. C., estimando que ya hacia el 270 d. de J. C. la «villa» debió de iniciar su abandono, lo que da una pervivencia

¹¹ PEREZ GONZALEZ, C.: «Recipientes de terra sigillata de Rebolledo-Camesa». *Sautuola*, IV. Santander, 1985, págs. 235-267; Idem: «La terra sigillata de Rebolledo-Camesa. Campañas de los años 1983-1985». Inédito.

de unos doscientos años. Los restos de pintura han llevado a las mismas conclusiones, si bien, como es natural, tienden a fijarse más en el siglo I d. de J. C., es decir, fueron realizadas en el momento de construcción de la «villa».

La no aparición de sigillata del siglo IV, que resulta normal en otros yacimientos próximos, de la Meseta sobre todo, como Mave, Villabermudo, Herrera, etc., indica que la villa de Camesa-Rebolledo, así como el posible poblado excavado cerca de la carretera poco antes de llegar al pueblo de Camesa, son los testimonios de un hábitat aún conectado a esa predominante organización ciudadana en el mundo romano, que se viene abajo hacia finales del siglo III. No cabe duda que una crisis difícil de explicar se produce en los centros urbanos, mayores o menores, de la región norte de España —y en general es la consecuencia de otra similar en todo el Imperio—, como han podido demostrar las excavaciones de la mayor ciudad hispana con directa implicación en las tierras de Cantabria: Clunia.¹² Terminado el siglo III hay destrucciones y decadencia en la ciudad lo que se reflejaría también en la prostración de otros núcleos urbanos, tal los de Cantabria, mucho menos resistentes. Quizás sea este palpito de declive ciudadano que se produce a finales del siglo III (sea por depresión económica, auge del bandidaje, revueltas de baugadas, invasiones de francos y alamanos, etc.) el que afecta a nuestros pequeños núcleos urbanos, como Julióbriga o el que pudiese existir (tal vez la Octaviolca del discutido Itinerario de Barro) en las proximidades de Camesa. Lo cierto es que nuestras excavaciones en los dos lugares: poblado y villa, nos ofrecen una semejante conclusión. Tanto el poblado como la villa se desorganizan y abandonan a finales del siglo III. Tal vez tuviese cierta culpa la pérdida de actividad de la calzada Pisoraca-Portus Blendius, pues la última intervención que nos consta sobre ella tiene lugar (de acuerdo con la cronología de los miliarios aparecidos) a finales del siglo III y principios del IV. Pérdida la importancia de dicha calzada, no parece extraño suponer que tanto Julióbriga como Camesa quedasen abandonadas, y ella explicaría la falta de monedas tardo-romanas como la de sigillata de la misma época. Tal vez estas gentes se moviesen hacia las tierras agrícolas de Castilla en donde las grandes villas estaban entonces, en los siglos IV y V, en su apogeo. Más tarde, la acometida visigoda que acerca a Leovigildo hasta Amaya en el 574, produciendo posiblemente el hundimiento de la economía rural tardorromana y en consecuencia el declive de la explotación latifundista de los «seniores» castellanos, obligó de nuevo a ciertos campesinos o colonos a buscar otra vez las tierras de Valdeolea,

¹² PALOL, Pedro de: *Guía de Clunia*. Burgos, 1969, págs. 23-24.

pues resulta bastante sospechoso que las tumbas más viejas de Camesa tengan una cronología del 585, es decir diez años después de la toma de Amaya por Leovigildo.

*Los niveles medievales del yacimiento de Camesa-Rebolledo.
Apuntes sobre la más antigua ocupación medieval de Cantabria.*

Uno de los enigmas históricos de más difícil solución dentro del campo de la arqueología regional es la caracterización de aquel periodo de tiempo que transcurre entre los años finales de la etapa tardorromana y los inicios de la Plena Edad Media, ya que carecemos casi por completo de documentación escrita y son muy escasos y parciales los testimonios arqueológicos.

Sólo podemos acometer el estudio de este periodo caminando por el resbaladizo terreno de las hipótesis, apoyándonos en hallazgos puntuales de muy compleja interpretación. Dentro de este panorama que hemos pintado desolador, el yacimiento cuyo análisis nos ocupa podría suponer la clave, casi la piedra roseta, capaz de desentrañar cuestiones insondables; y decimos que podría serlo, utilizando el verbo en su modo condicional, pues no existe yacimiento arqueológico capaz por sí sólo de desvelar la realidad de procesos históricos amplios y complejos en el tiempo y el espacio. Ahora bien, a la luz de los resultados de nuestros trabajos de campo podemos al menos —y es mucho— constatar científicamente una serie de hechos que dan luz sobre el devenir histórico de las comunidades del sur de nuestra región en estos transcendentes años.

El aspecto que desde un principio ha dado una gran complejidad u atractivo a nuestra excavación es la profunda distorsión derivada de la instalación sucesiva de dos necrópolis medievales (o mejor dicho, de una necrópolis medieval con dos fases perfectamente diferenciadas) sobre las estructuras romanas preexistentes. Hasta tal punto las inhumaciones han invertido la lógica sucesión estratigráfica del yacimiento que hay sectores en él donde los materiales romanos se encuentran perfectamente dispuestos sobre los medievales; las sepulturas presentan, con frecuencia, intrusiones de cerámica sigillata y cerámica común romanas, y, hasta el momento, son excepcionales los sectores donde hemos podido detectar una secuencia estratigráfica no alterada por las actividades de los moradores de la época medieval.

De los materiales romanos hallados hemos podido constatar una ocupación del yacimiento que de forma continua se verifica entre el siglo I y el III des-

pués de Jesucristo. A este momento corresponden las principales estructuras conservadas, y todo parece indicar que, cuando estas comunidades en los albores de la Edad Media procedieron a enterrar a sus muertos, el edificio romano era ya únicamente un caos de restos de muros entre montones de derrumbes y sedimentos estériles. Sin embargo, algo debía pervivir en el recuerdo de estos primeros pobladores medievales, pues eligieron este lugar y no otro como espacio donde alojar los cadáveres de sus difuntos. Por alguna razón que no acertamos a comprender enteramente se verificó aquí un proceso sobradamente documentado en otros yacimientos romanos como es la instalación de una necrópolis medieval sobre él.

*La fase más antigua de la necrópolis altomedieval.
Las tumbas de fosa (siglos VI-VII).*

La fase más antigua de esta necrópolis medieval es la constituida por un amplio grupo de tumbas de fosa con muretes de piedra y forma ovoide, en la mayoría de los casos, si bien en algunas de ellas se detecta una incipiente tendencia antropomorfa.

Este conjunto de sepulturas que hemos definido tiene otra serie de caracteres que lo convierten en un grupo perfectamente homogéneo. En primer lugar, porque aparecen todas ellas excavadas en el *rudus* de los pavimentos romanos, ocupando, por tanto, el nivel inferior en la secuencia estratigráfica de los enterramientos; en segundo, porque la disposición más frecuente de las tumbas sigue un eje teórico NO-SE, con ligeras variantes que responden siempre a un intento de adaptar los enterramientos a la disposición de las estructuras romanas del sustrato. Podemos decir que lo esencial no es el hecho de que el eje NO-SE sea el predominante, ya que tal orientación no siempre se cumple, sino que lo altamente significativo es que la orientación de las sepulturas no es una premisa invariable a la que se subordinan los demás aspectos del enterramiento. Lo usual en los cementerios medievales excavados hasta la fecha es que la orientación se mantenga en un eje E-W de forma absolutamente invariable, aunque este aspecto obligue a los enterradores a hacer trabajos suplementarios (derribo de antiguos cimientos, eliminación de sepulturas de niveles inferiores, e incluso reutilización de sepulturas preexistentes). Por todo ello el que en estos enterramientos más antiguos la orientación tienda a seguir un eje NO-SE y que, en muchos casos, dicha norma en la orientación sea sacrificada por condicionantes externos —orientación de los muros romanos— significa que nos encontramos

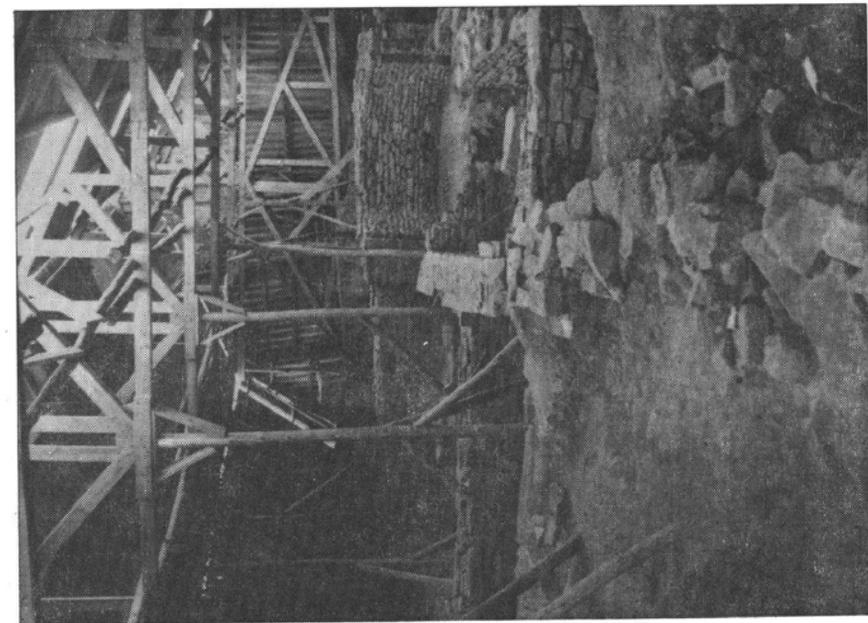


LÁMINA 3.—Vista del sector sur de la villa, en primer término la denominada «piscina» y el sector de las atarjeas.

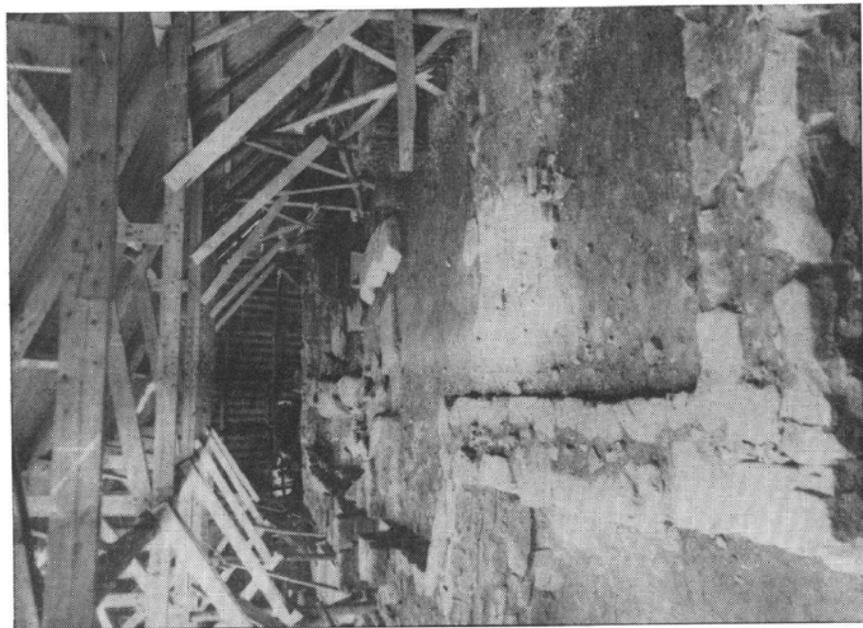


LÁMINA 4.—Vista de la iglesia prerrománica desde el ábside. Se aprecian los restos del enlosado de la cabecera. Al fondo agrupación «familiar» de sepulturas.

en un momento en que la orientación de las sepulturas es un aspecto que aún no se considera primordial como lo será de hecho en siglos posteriores.¹³

Tipológicamente las tumbas del sector más antiguo de la necrópolis medieval de Camesa se caracterizan por ser del tipo denominado «de fosa», tal y como dijimos más arriba. Dentro de esta denominación genérica englobamos sepulcros de fosa simple, de fosa circundada por bloques irregulares de piedra, y de fosa antropomorfa. Los cadáveres aparecen en posición decúbito supino, cubriéndose el conjunto de la tumba, generalmente, mediante losas de piedra, e incluso, en caso de una tumba infantil, con un *imbrex* reaprovechado de la ruina romana. Los cadáveres reposan directamente sobre la arcilla, pues las fosas están abiertas rompiendo el *rudus* del pavimento romano.

Si todos estos datos parecían definir con precisión a este conjunto de sepulturas como las más antiguas de la necrópolis medieval, más difícil era precisar su época. Durante los trabajos de excavación elucubramos con frecuencia sobre cuál sería el momento histórico en que tales inhumaciones fueron realizadas. Todos coincidíamos al creer que se trataba de un conjunto medieval muy arcaico, esencialmente diferente de los cementerios medievales que habíamos excavado en otras ocasiones y cuyas cronologías establecimos entre los siglos IX-XI, ratificadas posteriormente por los análisis de radiocarbono, y, por supuesto, claramente distinto de los cementerios medievales posteriores a la expansión de la cultura del románico, cuya tipología funeraria —tumbas de sillares— nos era también conocida. No sabíamos a ciencia cierta si estas sepulturas arcaicas de Camesa podrían saltar el umbral del siglo VIII y adentrarse en ese oscuro periodo que cronológicamente se corresponde con la etapa hispanovisigoda, cuyas manifestaciones culturales, políticas y económicas fueron tan ajenas a nuestro espacio regional. Sabíamos con certeza que no se trataba de una necrópolis de características «germánicas», como la cercana de Herrera de Pisuerga, ya que carecía por completo de esos ajuares prototípicos de lo visigodo, e incluso la tipología de los enterramientos era radicalmente diferente de la usual en las necrópolis de los «campos góticos». Necesitábamos, pues, el auxilio de la datación absoluta por radiocarbono y ésta fue concluyente: año de 585 d. C.¹⁴ Esta fecha ratificaba así parte de nuestras suposiciones, ya

¹³ Sobre la invariabilidad en la orientación de las sepulturas medievales en el eje E-W, vid. KLIEMANN, K.: «La orientación de las sepulturas medievales», II. *Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. III. Comunicaciones. Madrid, 1987, págs. 495-500.

¹⁴ Datación efectuada por el laboratorio de radiocarbono de la Universidad de Groningen, Holanda, a partir de una muestra de huesos humanos de un enterramiento en tumba de fosa antropomorfa. Margen de error \pm 30 años.

que señala el último tercio del siglo VI como el momento en que se mantiene en el espacio geográfico próximo al yacimiento una comunidad hispanorromana (posiblemente con un fuerte sustrato social y cultural indígena), sin contactos evidentes con las comunidades germánicas que en estas fechas ocupaban sectores de la Meseta Norte relativamente próximos a nosotros.

Puesto que se trata de una necrópolis, hemos de suponer que el lugar de hábitat de esta comunidad se encuentra en algún sector próximo a la zona hasta ahora excavada. También es cierto que desconocemos por qué fue abandonada la villa romana como núcleo de hábitat, para pasar a convertirse en lugar de enterramiento. Hubo realmente un vacío demográfico en este sector geográfico entre los años finales del siglo III y el 585 que ahora hemos documentado, o, por el contrario, nos encontramos ante un simple cambio en la utilización del espacio, antes lugar de habitación y ahora cementerio? Nuestra opinión es que se trata de esto último, pero carecemos de bases concretas con las que fundamentar una argumentación sólida. Quizás la desarticulación de los territorios integrados en la Hispania romana del Norte peninsular a partir del establecimiento y consolidación de la monarquía hispanovisigoda, provocó un desmembramiento de aquellos territorios en los que la aculturación romana había sido superficial y corta en el tiempo y el espacio; y que en estos territorios, cuyos límites meridionales ocupa nuestro yacimiento, las comunidades hispanorromanas con un sustrato indígena escasamente romanizado tendieron a volver en gran medida a sus costumbres prerromanas, manteniendo desde este momento unos niveles económicos muy próximos a la mera subsistencia. Posiblemente la villa romana, como unidad de producción de carácter latifundista, deja tener sentido en este sector —debía depender de la actividad de la vía Pisoraca-Portus Blendius—, ya que los canales comerciales integrados en la amplia estructura que suponía la centralización romana debieron desaparecer con la desaparición progresiva desde el siglo III de la vida urbana como forma social y económica característica, y no tenemos indicios en esta región de que una «feudalización» de estos latifundios hubiese permitido el mantenimiento de las villas como unidades económicas autárquicas, tal y como ocurrió en amplios sectores de la Meseta. Lo más probable es que nuestra comunidad se asentase definitivamente en los márgenes del río Camesa —como parecen indicar los hallazgos superficiales en algunas zonas de la ribera— y utilizase las ruinas de la villa, por alguna extraña mezcla de recuerdo y superstición, como lugar donde dar a los muertos el descanso eterno.

«El interés por asegurar la continuidad de aquellos lugares, aún cuando fueran paganos, para cristianizarlos, es algo permanente y prolongado que nos

permite retroceder mucho en el tiempo».¹⁵ En concreto, es un hecho frecuente en Cataluña, durante el «renacimiento monástico catalán» de los siglos X y XI, la construcción de pequeñas iglesias de una sola nave sobre restos arqueológicos tardorromanos. Es más, esta ubicación tiene mucho que ver con los procesos repobladores del país catalán, pues estos monasterios actuaban como núcleos dinamizadores en las tareas de repoblación de aquellos sectores en que los frecuentes ataques árabes y la inestabilidad general del territorio habían provocado una recesión, cuando no un vaciamiento, demográfico. Un proceso similar parece haberse verificado en nuestro ámbito de estudio.

El sector de las Tumbas de lajas. Fase final de la necrópolis (siglos VIII-XI).

Al grupo de tumbas de fosa sigue, sin solución de continuidad, el grupo de tumbas de lajas y sarcófagos, cuya tipología responde a lo habitual en las necrópolis de los siglos VIII al XII. En concreto, el radiocarbono dio para este conjunto una fecha significativa: 720 d. C., a partir de muestras de restos óseos procedentes de una sepultura de lajas situada en un lugar intermedio en la dispersión del cementerio. Es importante recalcar que los cementerios se articulan o generan a partir de un espacio central, que frecuentemente coincide con el ábside de una iglesia, como espacio de máximo significado divino, para ir avanzando radialmente en torno a este núcleo. Por tanto en una estratigrafía horizontal de sepulturas consideraremos más modernas aquellas que están más distantes del teórico centro de articulación. Existen múltiples excepciones a esta regla, pero que deben comprobarse y explicarse en función de los caracteres peculiares de cada cementerio, así pueden existir varios núcleos articuladores en aquellos terrenos que obligan a una discontinuidad en los enterramientos (afloramientos rocosos, por ejemplo), y en otros casos es frecuente la reutilización de las sepulturas como forma de aprovechar al máximo el espacio funerario. En nuestro caso, la tumba que arroja una fecha del año 720 d. C. está situada en una zona relativamente próxima al núcleo del ábside de la pequeña ermita, por lo que esta fecha debe estar cercana al comienzo de desarrollo del cementerio de tumbas de lajas, cuya fecha inicial podemos estimar sobre el año 700 aproximadamente. La fecha final puede marcarla la fuerte expansión de la

¹⁵ PALOU i MIGUEL, H.: «Acerca de los restos arqueológicos tardorromanos como lugar de asentamiento de los monasterios medievales. El caso de Sant Pau en Sant-Pol de Mar (Barcelona)». *Actas del Primer Congreso de Arqueología Medieval Española*. Huesca, 1985. Tomo 10, págs. 683-698.

cultura del románico en estas comarcas meridionales a partir de mediados del siglo XI.



LÁMINA 5.—Detalle de la agrupación «familiar» de sepulturas que se ubican bajo el pavimento (hoy desaparecido) de la iglesia prerrománica. Son sarcófagos de adultos realizados en fosa en torno a los cuales se ubica un grupo de seis sepulturas infantiles. Pertenece a una fase ya avanzada de la necrópolis, en torno al siglo VIII.

La iglesia prerrománica.

Todo parece indicar que este momento en que se produce tan sustancial cambio en la tipología de los enterramientos corresponde a la construcción de la pequeña ermita prerrománica que aparece cimentada sobre el sector norte de la villa romana. Se trata de un edificio sencillo, realizado en mampostería aparejada con ripio formando dos paramentos, y unido todo ello con mortero de argamasa. Al templo primitivo, de una sola nave y único ábside rectangular, le fue añadida posteriormente una pequeña capilla en la fachada sur. Esta capilla servía a la vez de acceso a la nave, con lo que podría haber hecho las veces de nartex.

En alzado es muy probable que la iglesia contara con dos niveles de suelo, cuya solución de continuidad sería una hilera de escalones. El nivel inferior correspondería a la nave y el superior al suelo del ábside. Este último presenta un pavimento construido de la forma siguiente: cortando el *rudus* romano se hizo una cimentación a base de grandes piedras sin trabajar que apoyan sobre una lechada de mortero; sobre tal nivel de base aparece una segunda capa de argamasa en la que se aprecia la impronta de lo que debió ser un suelo de losetas cuadradas de 15 cms. de lado. En el centro del pavimento del ábside, una alineación de ladrillos romanos reaprovechados configura un espacio rectangular que interpretamos como el lugar donde estuvo alojada la mesa del altar. La nave tenía un piso de empedrado, similar, aunque más tosco, al *rudus* romano. Este pavimento cubría la totalidad de las tumbas y sarcófagos que se ubicaron en el interior de la iglesia, y aparece entre unos 25 y 30 cms. por encima del nivel del suelo romano preexistente. Entre ambos pisos, una gruesa capa de arcillas estériles se alterna con otra de cenizas muy rica en hallazgos metálicos de tipología medieval (remaches de puertas, bisagras muy simples, asas de calderos, etc.).

Como hemos dicho, la ermita es el elemento en torno al que se articulan las tumbas de lajas y los sarcófagos, cuya cronología de inicios del siglo VIII ya conocemos. Tal fecha queda perfectamente confirmada con el hallazgo de diversos fragmentos de capitel corintio de dos hileras de hojas de acanto rematadas en caulículos, todo ello tallado a bisel,¹⁶ cuyo paralelo más significativo lo encontramos en un capitel de Merignas (Gironde-Francia),¹⁷ y en ejemplos prerrománicos más avanzados (iglesias del ciclo de repoblación como Lebeña, Escalada, etc.). Además, la planta de nuestra ermita reproduce un esquema muy frecuente en las iglesias rurales a partir del siglo VII,¹⁸ esquema que conoce una gran difusión con las ermitas más humildes a partir de la época románica.¹⁹

¹⁶ Sobre algunos de los restos de capiteles procedentes de Camesa, vid. PEREZ GONZALEZ, C.: «Capitel de Rebolledo (Valdeolea)», en *Sautuola*, IV. Santander, 1985, pág. 303.

¹⁷ COUPRY, J.: Nota en la revista *Gallia*, 1955, t. XIII, fascículo 2, págs. 194-195.

¹⁸ A este tipo de cabeceras consagra un interesante estudio CERRILLO MARTIN DE CACERES, E.: «Las ermitas de Portera y Santa Olalla. Aproximación al estudio de las cabeceras rectangulares del siglo VII». *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, 1981, págs. 233-243.

¹⁹ VAN DEN EYNDE, E.: «La época de la repoblación, siglos VIII-X», en *Historia de Cantabria. Prehistoria, Edades Antigua y Media*, dirigida por García Guinea, M. A. Ed. Estudio. Santander, 1985, pág. 325.

Durante los siglos X y XI, coincidiendo con el denominado renacimiento monástico catalán, fue muy frecuente la aparición de ermitas o pequeños templos de una sola nave sobre restos romanos, y está constatado que esta práctica era ya común desde la cristianización del Bajo Imperio Romano.²⁰

Como vemos existe un cambio cualitativamente significativo entre los momentos más antiguos de la necrópolis y este segundo momento caracterizado por la edificación de este pequeño templo y la necrópolis que en torno a él se organiza. Este cambio queda definido por la aparición de una nueva tipología funeraria: la tumba de lajas hincadas verticalmente configurando una cista pétreo de forma casi siempre trapezoidal, cubierta con grandes losas, y donde se aloja el cadáver en posición decúbite supino, con el cráneo alojado entre piedras o sobre almohadillas de arcilla. Otros rasgos definen este segundo momento de la necrópolis:

a) Las tumbas de lajas y los sarcófagos se orientan sin excepción de Este a Oeste.

b) Las sepulturas se agrupan en «grupos familiares», lo que también es muy frecuente en las necrópolis de tumbas olerdolanas o excavadas en la roca. En estos grupos el centro suele estar ocupado por dos sepulturas de adultos rodeadas de varias tumbas infantiles lo que además parece indicar una coetaneidad en la muerte atribuible a enfermedades epidémicas o a crisis de subsistencia por factores que suponemos naturales.

c) Es frecuente que muchas de las sepulturas de esta segunda fase tengan asociadas estelas funerarias epigráficas y anepigráficas. Todas ellas se caracterizan por su notable arcaísmo tanto en su onomástica como en el tratamiento decorativo y tipométrico, asemejándose considerablemente en este aspecto a las encontradas por don Angel de los Ríos en Espinilla, y cuya cronología debe rondar el siglo IX. El hecho de que los ejemplares de estelas funerarias de Camesa hayan aparecido en el curso de una excavación sistemática, y el que estén asociadas a unas sepulturas perfectamente datadas por el C-14, las convierte sin duda en el más importante grupo de Cantabria, y pueden servir de fósiles glfa a la hora de datar conjuntos con caracteres morfológicos semejantes.

Otro dato a tener en cuenta es la escasez de símbolos claramente cristianos en ellas. Sólo un ejemplar presenta una cruz incisa,²¹ mientras que el resto

²⁰ PALOU I MIGUEL, H.: Op. cit., págs. 683 y siguientes.

²¹ ROBLES GOMEZ, J. M.: «Las estelas medievales halladas en Rebolledo-Camesa». En GARCIA GUINEA, M. A.: «Excavaciones arqueológicas de Rebolledo-Camesa».

presenta signos de difícil interpretación e, incluso, forma antropomorfa con rostro humano ocupando el disco.

El único ejemplo con onomástica corresponde a la estela que presenta la inscripción PAVL(I), nombre claramente latino y que apoya nuestra suposición sobre el mantenimiento de comunidades hispanorromanas, en este territorio, con caracteres plenamente latinos entremezclados con restos muy claros de indigenismo —para este argumento es muy importante el conocimiento de las estelas funerarias procedentes de Espinilla, sobre las que actualmente estamos elaborando un extenso estudio—.²²

El hecho de que en todo el conjunto sólo una de las estelas presenta un claro signo de cristianismo —cruz— parece apuntar a un momento histórico en que el cristianismo aún no ha sido adoptado plenamente por todo el sustrato de población indígena; puede tratarse perfectamente del siglo VIII, tal y como apuntan todos los datos.²³

Una explicación lógica para la evolución de nuestro yacimiento radica en la creencia de que a la primitiva comunidad medieval indígena que habita en el ámbito próximo a nuestro yacimiento y que entierra sobre él, se incorpore un colectivo —quizás una pequeña comunidad monástica familiar— que procedente de la Meseta comienza un proceso de aculturación cuyo elemento más significativo es la introducción lenta y paulatina en nuestro espacio del cristianismo, con sus símbolos, su arquitectura y sus ritos funerarios. Esto puede explicar el por qué del cambio de tipología funeraria, que es un cambio progresivo, ya que hemos atestiguado la coexistencia en algunos momentos de las formas de inhumación —lajas— y las viejas —fosas—. También explicaría el por qué de la coexistencia de estelas funerarias perfectamente cristianas en su simbología con otras con símbolos aparentemente paganos. ¿Estamos quizás en el momento en que el cristianismo inicia su expansión por los territorios al Norte de la Meseta del Duero? La hipótesis parece sugestiva, pero los elementos no son suficientes como para plantear aseveraciones tan arriesgadas.

Sautuola, IV. Santander, 1985, págs. 281-283. En este artículo se publican las estelas aparecidas en las primeras campañas de excavación, que no son las más interesantes desde el punto de vista arqueológico, a excepción de la que presenta la inscripción PAVL(I). El resto ha aparecido recientemente y están siendo objeto de un detenido estudio por nuestra parte que verá la luz en breve.

²² *Ibidem*, págs. 281-283.

²³ BOHIGAS DOLDAN, R.: «Los yacimientos arqueológicos altomedievales del sector central de los Montes Cantábricos». Tesis doctoral mecanografiada. Valladolid, 1982, págs. 1.344-1.346.

El horizonte cerámico medieval del yacimiento.

Queda, casi para finalizar, hacer una breve referencia al horizonte cerámico del periodo medieval de Camesa-Rebolledo. Cabría pensar que la total ausencia de cerámicas tardorromanas indica un vaciamiento de la villa al finalizar el siglo III, ya que después de las cerámicas datadas entre el siglo I y el III d. C., el siguiente conjunto lo forman las típicas cerámicas estriadas y pintadas, datadas y definidas por García Guinea entre los siglos VIII y X.²⁴ Todo esto hace pensar que, o bien la comunidad que enterró a sus muertos entre el siglo VI y el VII no ha dejado restos cerámicos cuantitativamente expresivos, o bien utilizaba ya estos tipos estriados y uintados que genéricamente García Guinea denomina «de repoblación», lo que aumentaría aún más la confusión existente actualmente en torno a la datación de la cerámica medieval de Cantabria.

Una tercera vía consistiría en interpretar que los tipos cerámicos «de repoblación» tienen sus raíces en la época romana como una pervivencia de los tipos tardoceltibéricos, en el caso de las cerámicas pintadas, por lo que el horizonte cerámico medieval de Camesa podría abarcar desde el momento más antiguo de la ocupación (siglo VI), hasta el final de ésta (siglo XI), constando las variaciones no en los motivos decorativos sino en la progresiva diversificación de los perfiles y las formas por influencia de la cerámica árabe califal.

A pesar de todo, el hecho de que la ocupación medieval del yacimiento responda a un lugar de enterramiento y culto y no un lugar de habitación hace que los hallazgos cerámicos sean poco abundantes y no demasiado significativos, lo que es un problema mayor aún cuando consideramos lo precario del estado de los estudios sobre la cerámica medieval de Cantabria.

Recapitulación y conclusiones.

Como conclusión y resumen de lo dicho podemos trazar la evolución de la vida medieval del yacimiento de la forma siguiente:

1. Ocupación de época romana (siglos I-III d. C.), momento de construcción de la villa romana.

²⁴ GARCIA GUINEA, M. A.: «Sobre las cerámicas altomedievales de la Meseta Norte y Cantabria». IX Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza, 1966, págs. 415-418.

2. Siglos IV y V d. C. Momento en que la villa es abandonada y se produce la ruina de la construcción. Quizás la población hispanorromana desplaza su hábitat a un sector próximo al margen del río Camesa.

3. Siglos VI y VII. Comienzan a practicarse sobre las ruinas las primeras inhumaciones medievales, caracterizadas por tratarse de diversas variantes de sepulturas de fosa.

4. Siglos VIII al XI. Construcción de la ermita prerrománica y cambio progresivo del sistema de inhumación preponderante que pasa a ser la tumba de lajas, coexistiendo ambos durante cierto tiempo. También ahora aparecen en el yacimiento los primeros sarcófagos, los primeros signos de cristianización en las estelas, así como ciertos síntomas de una pervivencia de los símbolos paganos. Este momento puede corresponder a la instalación de un pequeño monasterio familiar en relación con los movimientos repobladores hacia los bordes meridionales de las montañas cantábricas. La inexistencia de cerámicas con vidrio nos hacen pensar que la vida del yacimiento no debió superar el límite del siglo XII, entre otras razones porque en esa fecha se produce la expansión de la cultura románica en todo este sector geográfico.²⁵

Creemos, en definitiva, que los estudios que actualmente viene realizando el Instituto de Prehistoria Sautuola sobre los materiales procedentes de las últimas campañas en el yacimiento, así como los análisis antropológicos, paleopatológicos y paleoserológicos de los restos humanos, y, sobre todo, la continuación de los trabajos de campo con nuevas campañas de excavación permitirán en un futuro próximo desvelar muchos de los enigmas que aún nos plantea este complejo y bello yacimiento, único sin duda, en cuanto que es el mejor testigo de aquellos oscuros tiempos que limitan el fin de la antigüedad y el nacimiento de la Edad Media, y sobre todo, porque es el único, de este periodo, que ha sido objeto de campañas de excavación sistemáticas con los medios técnicos y humanos óptimos.

²⁵ Al momento más avanzado de la ocupación medieval podría referirse la cita del Fuero de Cervatos que se refiere a la donación del conde castellano Sancho García y su mujer Urraca al monasterio de Cervatos en el año 999 del poblado de Rebolledillo e iglesia de San Andrés: (...) *Ac etiam concedimus dicte ecclesie (...) villam de Rebolledillo cum ecclesia Sancti Andree ipsius loci et cum omnibus decimis et oblationibus suis (...)*. No obstante debemos tener muy presente que el Fuero de Cervatos ofrece serias dudas de autenticidad entre los investigadores, por lo que tal noticia debe valorarse en su justo término.